

UN VIAJE AL PASADO

PREMIO CAT. D - IRENE LÓPEZ BARCOS

Me gusta la historia, siempre me ha gustado, por eso viajo por el tiempo, atravesando puertas de pequeños lugares, apareciendo en las mismas calles con años de diferencia. Pero solo soy una persona más entre la multitud, documentando los sucesos para las siguientes generaciones a las que les interese...

No documento la historia del mundo ni de grandes países, soy una pequeña mujer en una pequeña ciudad a orillas del río Cidacos.

Por muchos nombres se la ha conocido, el primero que oí fue Calahuria, allá por tiempos de la dominación cartaginesa, pero entre tú y yo, Calagoricos y Calagurris, siempre fueron mis favoritas. Podría ocupar horas escribiéndote los sucesos de Calahorra (como todo el mundo lo conoce ahora), sucesos gloriosos e importantes de esta bella ciudad, y en todos me encontraba presente, pero no me busques, no soy muy importante...

Dejaré de enroscarne para comentarte algo que me resultó muy curiosa. Todo el mundo sabe que la historia tiende a repetirse, y aunque somos una comunidad pequeña, no somos una excepción, como bien sabrás ahora con el tema de La Silla Episcopal.

Desde el principio estuve aquí, en Calahorra, donde yo

vivo, y si en las plazas o en cualquier calle, por recóndita que fuera, comentabas un posible traslado a Logroño, las miradas se centraban en ti, como si fueras un extranjero no bienvenido. Ese tema causa mucha tensión desde la primera vez que recuerdo, por el siglo XIX, cuando el Obispo de Calahorra, don Juan, quiso trasladarla a Santo Domingo. ¡Menuda faena armó! Los calagurritanos nos enfadamos tanto, que acabó huyendo a Roma.

Más veces ha surgido el tema del traslado, pero en todas las ocasiones no ha resultado efectivo, ya sea por gestiones del ayuntamiento o por los mismos calagurritanos, que lo han impedido. Desde luego siempre merecen contarse tantas veces como se quiera, pero sin duda, de entre ellas, mi parte favorita en este tema ocurrió en 1892. Cruzó la puerta de mi pequeña casa miles de veces para vivir ese momento en la historia una y otra vez...

Aparezco en una pequeña y estrecha calle, que termina en la plaza del Raso. Durante los días anteriores el ambiente iba tornándose más tenso desde que se filtró la noticia del nuevo intento de traslado de la Silla. Tal vez por aquello, ese día había muy pocos puestos en el tradicional mercadillo, y ante aquel panorama me senté

con unas vecinas de la zona a hablar de estos sucesos.

Mas la calma duró poco rato ya que ni mediodía había dado, cuando subiendo por la calle Grande se oyó un gran alboroto. Si este jaleo hubiese ocurrido otro dia, posiblemente los mangas verdes ya hubiesen intervenido y apaciguado la situación, pero en estos días no había suficientes para controlar la furia que se irradiaba.

Tres la efímera pelea, varios chicos jóvenes acabaron con golpes y heridas. Y esto empezaba a ser habitual. Las tranquilas zonas del Paseo de las Rosas o del Paseo del Mercadal, se convirtieron en puntos de quedada de grupos con machetes y palos, preparándose para más revueltas populares.

Durante los siguientes días, y tras varios encontronecidos de estos grupos de gente con agentes de la autoridad, la tensión pareció calmarse un poco. Una mañana, antes de la hora de comer, le pregunté a un chico joven cómo iban los acontecimientos. Siempre le preguntaba al mismo chico, a la misma hora y las mismas palabras, ya que la historia no debe ser cambiada, por infimo que sea el detalle.

Este joven fue muy amable. Me comentó que ya habían controlado a los partidarios del traslado y se habían

marchado del pueblo, por lo que ya todos esperaban, que con eso el ambiente se tranquilizase del todo, ya que las revueltas también afectaba, en distinto modo, a aquellos que no participaban en ellas, sobre todo a pequeños comercios.

Llegó la tarde y se alcanzó el clímax del asunto.

A Calahorra volvieron los partidarios del traslado de la silla, pero esta vez su número era mayor y al frente de ellos se hallaba el Gobernador Civil, que también había acudido con algunos hombres de su ejército.

Aquello fue la gota que colmó el vaso como bien decía mi madre. Ni quinientos metros habrían andado por las calles de la ciudad, que ya a la altura del Paseo del Mercadal, los disturbios pasaron a ser mucho mayores.

Esta vez, los heridos fueron contados por decenas. El Gobernador Civil, que se había mantenido aparte mientras sucedían los conflictos, emprendió la subida de la calle Grande con sus hombres.

Y ocurrió en estos momentos, es uno de mis favoritos en la historia, cuando estoy a un lado de la calle, en la sombra de portales, viendo todo....

La protección de sus hombres no fue suficiente, ya que los calaguritanos arremetieron contra ellos y alejaron a su

defensa personal, y fue en esos segundos, cuando alguien inesperado, un ama de casa, Saturnina Mangado, mujer hecha y derecha donde las haya, llegó hasta delante del Gobernador, y con su mano, le arrancó medio bigote de cuajo. Todo el mundo se paró en seco, estupefactos mirando aquella escena, y tras los segundos de desconcierto, la pelea que se reanudó fue monumental, pero las toras se invirtieron y esta vez fueron los calagurritanos los que atacaron con más valía, tomando como ejemplo a aquella mujer, que se había enfrentado a un alto cargo por defender su legado.

Sonréi para mis adentros contemplando aquella escena, y sin que nadie se diese cuenta, subí la calle, y en la calle al lado izquierdo de la iglesia Santiago, me dirigí a mi casa, y al cruzar la puerta, suspiré nostálgica al estar de nuevo en el tiempo que me corresponde. Subo las escaleras y me siento en mi mesilla, viendo en la calle los coches y la gente pasar. Me dispongo a poner por escrita esta historia, pero antes de eso, solo a ti, te contare lo que después pasó.

Las trifulcas se alargaron durante lo que restó de día y durante los días siguientes se siguieron produciendo, pero

de menor importancia. Sin embargo, todo lo acontecido llegó a oídos del por entonces Papa, León XIII, que se negó a firmar el traslado de la Silla, por lo que Lagorio, volvió a ver frustrados sus intentos. Pero todo esto dejó una consecuencia ya que se practicaron numerosas detenciones de las que después, una gran parte de los juzgados acabaron encarcelados. El precio pagado por defender nuestro legado fue alto, pero nadie, nunca, se ha arrepentido de ello.